

**CUENTO
DEL ÁRBOL
ORGULLOSO**

FRANCISCO J. PÉREZ GONZÁLEZ

DIC 1998



005

UNIVERSIDAD
POPULAR
BARCARROTA

COLECCIÓN
ALMARIO

Títulos publicados.

***LAS HERENCIAS (Cuento sin moraleja)**

José Ignacio Rodríguez Hermosell

Aquel árbol dominaba con sus amplios brazos una vasta proporción del terreno. Su sombra acogía un hábitat distinto al del resto de sus compañeros. Era tan inmensa su copa y tan pobladas sus gruesas ramas que el espacio que las hojas dejaban filtraba ínfimamente la luz del sol que hasta ellas llegaba, lo que hacía que su espesa copa de finas hierbas se mantuviera bajo su sombra aún en los días más radiantes y soleados del verano.

Todo era vitalidad en su espíritu. Nuestro gran árbol se regodeaba y jactaba de ser el ejemplar mas impresionante de toda la comarca, calificación que él mismo certificaba desde la visión que le proporcionaba su elevada copa. Presumía incluso de poseer una esbelta figura. Un fino tronco que hacía aún más robusta la imponente sombra que el sol de la mañana distribuía por el verde suelo.

Rodeado como estaba de compañeras encinas, las miraba con prepotencia. Apoyaba sus ramas sobre sus inferiores copas y a una cercana le comentaba:

-¿Te has fijado qué atractivo y

elegantemente grande estoy hoy?

-Sí...sí...Ya te veo -decía sonrojándose la pequeña encina-.

Otra mañana, la pequeña encina le comentó con inusitada curiosidad:

-Lo que me resulta increíble es cómo es posible que un tronco tan débil sostenga tan desmesurada copa.

A lo que la gran y vanidosa encina contestó:

-Porque lo importante de todo buen árbol que así se precie es imponer con su presencia. La base es menos necesaria. Yo requiero del apoyo mínimo, lo que me basta es mi importante imagen.

-¿Seguro? -inquirió la pequeña

encina-.

-¡Seguro! -sentenció la gran encina.

Aquella noche las nubes se cerraron y una colección de luminosos rayos cayó sobre la tierra. El agua corría bajando laderas y ablandando el terreno. El aire sacudía las ramas de los árboles, que, con grandes esfuerzos, se defendían moviendo sus ramas para dejar pasar, de esta manera, todo el aire posible.

A la mañana siguiente, el sol se asomó apoyando su resplandor en la cercana montaña. Su luz abrió los dormidos ojos de todas las encinas de la húmeda ladera. Estiraron las ramas; bostezaron y se

dispusieron a vivir un nuevo día.

Bajo las modestas ramas de las pequeñas encinas, sorprendentemente yacía, ocupando un inmenso terreno, la gran encina. La poblada copa que formaban sus ramas se encontraban esparcidas sobre las finas y crecidas hierbas que antes cobijaba.

Su orgullosa grandeza le había traicionado. Su pequeño tronco no pudo sostener, aquella noche, la violencia con que resoplaba el aire. El árbol, vanidoso, no quiso nunca reconocer que su débil tronco era tan necesario como su poblada copa y demostró con esto que, aunque indudablemente el aspecto

interior es importante y necesario,
no lo es menos el apoyo de un
tronco fuerte y noble que sostenga
tanta grandeza.

COLECCIÓN
ALMARIO

NÚMERO 2